

CURACIÓN DE LA LOCURA

- Cuentos -

Carlos Villalobos Villalobos

CURACIÓN DE LA LOCURA

- Cuentos -





© EUNA Editorial Universidad Nacional
Heredia, Campus Omar Dengo, Costa Rica
Teléfono: 2562-6754 Correo electrónico: euna@una.ac.cr
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)
La Editorial Universidad Nacional (EUNA) es miembro del Sistema
Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA)

Premio UNA Palabra 2019
© Curación de la locura (Cuentos)
Carlos Villalobos Villalobos

Dirección editorial: Alexandra Meléndez C. amelende@una.ac.cr
Diseño de portada: Mundo Creativo

CR863.44

V716c Villalobos Villalobos, Carlos Manuel, 1968-
Curación de la locura (cuentos) / Carlos Vi-
llalobos Villalobos. -- Primera edición. -- Here-
dia, Costa Rica : EUNA, 2020
100 páginas ; 22 cm

ISBN 978-9977-65-549-9

1. CUENTOS COSTARRICENSES 2. LITE-
RATURA COSTARRICENSE I. Título

De conformidad con el Artículo 16 de la Ley N.º 6683, Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, se prohíbe la reproducción parcial o total no autorizada de esta publicación por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, con excepción de lo estipulado en los artículos N.º 70 y N.º 73 de la misma ley, en los términos que estas normas y su reglamentación delimitan (Derecho de cita y Derecho de Reproducción con fines educativos).

CONTENIDO

Curación de la locura.....	11
El Paciente.....	19
Cambio de puesto.....	33
Huellas.....	41
Imaginaciones.....	47
La otra mitad de la catástrofe.....	53
La Metasicosis.....	61
Bilocación.....	67
Alergia.....	75
Las confidencias de la muerte.....	81
Los degenerados.....	87
El árbol de la lujuria.....	91

Lo fantástico ocupa el tiempo de la incertidumbre.
Tzvetan Todorov

CURACIÓN DE LA LOCURA

No es exagerado afirmar que la cultura clásica de Tlön comprende una sola disciplina: la psicología.

Jorge Luis Borges

Soy psicólogo, es decir, estudio el alma y sus deslices. Analizo la conducta y los misterios del comportamiento humano. Como experto en el tema presto atención a los detalles sutiles de la palabra y a lo que se dice cuando no se está diciendo nada. Desde luego también analizo sueños, diagnostico trastornos y explico lo que quiere decir, en el fondo, cualquier *lapsus linguae*.

Pero no soy por estos rumbos el único psicólogo que se dedica a estos menesteres. Aquí todos somos especialistas en este saber y cuando digo todos, me refiero a todos. Desde el tiempo del experimentalismo de Wundt es obligatorio que cada infante, sin importar la condición, en cuanto aprende a hablar sepa lo básico en Psicología. De adulto sabrá si su vocación es el Psicoanálisis, el Conductismo, la Terapia de la Gestalt o cualquier otra rama de utilidad social. Esta obligación general tiene absoluto sentido, pues cualquier desequilibrio, por mínimo que sea, es un riesgo que debe corregirse para la garantía del éxito y la felicidad de todos por igual. Es lo que antes, cuando existían los abogados, se conocía como un derecho fundamental. Hoy se sabe que la palabra “derecho” afecta psicológicamente a los zurdos. A toda

costa hay que evitar grietas en el alma, que las aguas del ánimo no le causen diluvios a la razón. Por eso, la ciencia del Derecho era una injusticia y hubo que prohibirla. Se sabe que un simple desánimo puede producir una crisis escalonada. De este modo, si cada vecino sabe Psicología, cualquiera puede atender una emergencia y, al mismo tiempo, sin necesidad de explicaciones, el que recibe la terapia entiende en qué consiste el tratamiento.

Por otra parte, qué sentido tiene especializar a la población en profesiones que no ayuden a esta crucial tarea. ¿Para qué los recursos leguleyos del litigio, cuando ya se sabe que es mucho más eficaz una resolución alternativa? ¿Para qué farmacias y recetas médicas, cuando ya se sabe que todas las enfermedades en el fondo son psicológicas? ¿Para qué confesiones de culpa en las iglesias, cuando ya se sabe que los divanes son mucho más eficaces? ¿Para qué equilibrios financieros, cuando lo único que cuenta es la estabilidad emocional? ¿Para qué ficciones literarias, si los sueños las producen sin ayuda de metáforas ni novelas complicadas?

Todas las profesiones y oficios fueron suprimidos porque se comprobó científicamente, gracias al Psicoanálisis, que solo servían para afectar el ánimo. Piénsese en el estrés que produce desplazarse a los trabajos o el cumplimiento contra reloj de tareas y de metas. Era lógico que este ritmo absurdo tuviera consecuencias psíquicas y que los manicomios resultaran una carga pesada para el Estado.

En cambio, la Psicología es diferente, es imprescindible. Nadie puede vivir sin un buen terapeuta que lo alinee. Y como en todas partes hay expertos, no es necesario ir lejos en caso de emergencia. Es seguro que el vecino, la suegra o el vendedor de frases de autoayuda están capacitados para escuchar los detalles de alguna manía y atizar con la palabra la solución correcta.

Pero bueno, no he dicho aún mi nombre ni cuáles son mis aptitudes en esta noble profesión. Me llamo Asdrúbal Quintana e hice mi especialidad en Psicología del color, pero nunca pude desempeñarme en esta área. Desafortunadamente soy daltónico y a pesar de que manejo a la perfección la teoría, en la práctica fallo todo. Esta paradoja personal me condujo a una crisis que, si no hubiera sido por las largas sesiones de terapia y los buenos consejos de los psicólogos educativos, quizá me habría llevado al suicido o peor aún, me habría vuelto loco.

Fue la interpretación correcta de sueños y la búsqueda intensa de las circunstancias de mi niñez lo que me permitió saber que yo podría trabajar como celador psicológico. No cualquiera ocupa este puesto. Aquí se ganan enemistades fácilmente. Además, a uno le tiene que gustar la observación furtiva y, de niño, a mí me gustaba pegar el oído a las paredes de los vecinos, y si había alguna rendija atisbaba durante horas la ocasión para mirar lo que hacían en la intimidad. Así que, a sabiendas de que tenía dotes, concursé para un puesto vacante aquí en mi propio barrio Iván Pávlov.

Existía, eso sí, un requisito que pudo haber puesto cuesta arriba la contratación. No se podían tener familiares con antecedentes psicopatológicos. No se acepta ningún trastorno, pues la ecuanimidad que se debe tener en esta tarea es fundamental. Ya se sabe que algunas afecciones del alma son hereditarias. Yo sabía muy bien que mi abuelo, Juan Antonio Quintana, había sido neurasténico. El viejo sentía que lo perseguían las zarigüeyas verdes, creía que lo acosaban y solía tener pesadillas donde, casi siempre, se lo estaban comiendo vivo. Decía que los malditos marsupios se reían de él y un día, tratando de matarlos, se disparó. Desde luego que mentí, afirmé que no había antecedentes y que todos éramos cuerdos y tranquilos. Creo que no investigaron si era o no verdad, porque de cualquier manera no había más candidatos. Se supone que me tendrían que haber hecho exámenes psicológicos y desde luego una hipnosis diagnóstica, pero no. Me dieron el trabajo de una y, sin más, me entregaron las credenciales. Mi trabajo es estar alerta para informarle a la Asociación Central de Psicología Clínica cualquier anomalía que requiera de atención urgente.

Como es lógico, el vecindario de Iván Pávlov me mira con recelo. Saben que si los pillo en alguna fobia sospechosa de inmediato los denuncio. Saben que ando siempre al acecho de cualquier indicio. Por esto, en cuanto llego a alguna casa me pasan adelante, me muestran las obras completas de Freud, me citan pasajes de memoria y me ofrecen terapia gratis. Luego me cuentan sus sueños y ellos mismos los interpretan para que yo sepa que todo está bien. Al final les doy palmadas en el hombro y felicito a la familia. Yo sé que con esto aplico algo de psicología barata, pero da gusto ver lo felices que se ponen cuando saben que han pasado la prueba.

A veces soy más drástico. Organizo reuniones grupales y pido a cualquiera que dirija una sesión de terapia de choque. Observo bien si los participantes se impactan y si nadie llora le hago una llamada de atención al coordinador, pues eso se interpreta como una mala praxis. En la calle observo con detenimiento si las relaciones entre padres e hijos son normales. Si encuentro algún posible complejo de Edipo o Electra intervengo. Llamo a cuenta a los responsables y les hago una boleta de advertencia. Saben que deben someterse a un psicoanálisis de urgencia. Luego exijo que el especialista me envíe el informe. Si la situación persiste estoy obligado a reportar el caso a la Asociación y eso significa el envío de una comisión de alto rango con las consecuencias profesionales que esto tiene. Ya se sabe que un psicólogo que haya sido atrapado cometiendo alguna obsesión puede perder su carné, es decir, su libertad de ser. Esto equivale a la antigua cárcel que se estilaba cuando había jueces y policías. Si el caso es muy grave lo someten a terapia intensa o a hipnosis profunda y si no hay respuesta positiva, las máquinas de electrochoque son el recurso infalible.

Se ha sabido de psicólogos que han intentado, por rebeldía, dejar la profesión y dedicarse, según ellos, a tareas más nobles. Algunos han intentado volver al antiguo oficio de los yerberos que sabían de plantas para los nervios, otros han fundado aldeas clandestinas donde se puede practicar con libertad cualquier locura. Ahí reciben personas histéricas, tipos con extrañas parafilias, ludópatas, fanáticos religiosos o con síndrome de *delirium tremens*. Para evitar que se formen estas disidencias es que existe la organización a la que pertenezco. En cada barrio hay ahora vigilantes. Nuestro trabajo es mantener el equilibrio a como dé lugar.

Los desvaríos no tienen horario, pero mi ronda empieza a las tres de la tarde y se extiende casi siempre hasta la medianoche, salvo alguna emergencia. Este horario es el más indicado para el tipo de indagaciones que realizo, pues las afectaciones psíquicas se disparan cuando la tarde da lugar a la oscuridad y continúa hasta que el sueño termina por calmar a los afectados. Si la situación lo amerita me extiendo hasta que amanezca, tal y como ocurrió hace tres días.

Fue como a eso de las diez de la noche cuando oí risas a la orilla del río. La risa es una clara señal de locura, así que bajé de inmediato y pregunté si había alguien. Nadie me respondió. Decidí entonces retornar, pero cuando había caminado varios metros escuché de nuevo la risa. Regresé y en voz alta inquirí de nuevo si alguien estaba ahí. Noté que la risa venía de un matorral. El que se reía intentaba controlarse, quizá con la mano en la boca, pero la carcajada era más fuerte que su voluntad de hacer silencio y fue así como pude descubrir el lugar donde se hallaba. Me abalancé para atraparlo, pero en la oscuridad me esquivó de un salto. Su carrera fue al mismo tiempo una risa que se perdió en el bosque. Si la risa es señal de demencia, más lo es si quien se ríe lo hace solo. Sabía que ese modo de reír no era normal y que mi responsabilidad era identificarlo para informar a la Asociación. Lo busqué toda la noche, pero el silencio se lo tragó.

Al día siguiente pasé de nuevo por la ribera. Algo me decía que el maniático iba a regresar. Puse en práctica mi audacia de espía, como cuando niño, que me quedaba horas, hasta obtener la recompensa de ver a los vecinos en su intimidad. Me escondí cerca del matorral y esperé. No me equivoqué. Pasadas las diez, observé una sombra que se movía despacio justo hacia el mismo matorral. Reía, sin mucha algazara, pero reía. Permanecí lo más inmóvil posible para evitar que me descubriera. Mi estrategia sería atisbar señales para saber quién era. La risa era necia. Confirmé que se trataba de un caso patológico. El tipo debía de estar desquiciado, pero no tanto, pues al menos no se atrevía a exponerse en público y por esta razón iba a esconderse a la orilla del río. Tal parece que era consciente del riesgo que corría. Hacía un viento frío y no soy tan ducho en soportar ventiscas. Me empezó a molestar la garganta y me delató un golpe de tos que no pude sostener. El trastornado se enteró de mi presencia y tras una carcajada, que se perdió en el bosque, desapareció.

Me sentí frustrado. Estuve a punto de ir a terapia al día siguiente. Pero fue más fuerte la intriga. Mi responsabilidad era identificar al chiflado y dar cuenta de su demencia a la Asociación lo antes posible. Entré al bosque y busqué el posible rastro que siguió. En alguno de los trillos debían de estar sus huellas. Si las encontraba bien podría averiguar algo más. No tuve éxito. Era como si el mandito hubiera volado.

La siguiente noche vine con buen abrigo y traje una botella de ron Psique, el santo remedio para momentos en que no se tiene cerca un colega para terapia. Esperé hasta tarde. Pasadas las once no había señal de nadie. Tal vez el demente esta vez no vendría. Lo más sensato era regresar al barrio. Tomé el trecho por la orilla del bosque y cuando estaba a punto de alcanzar la calle oí la maldita risa. Esta vez no venía del matorral. Sonaba cerca, detrás de unos árboles. Sin pensarlo corrí y llegué a la fuente del sonido, pero no había nadie en el punto. La risa se escuchaba ahora un poco más allá. Salté sobre el sitio donde estaba seguro de que hallaría al loco, pero tampoco había nadie. La risa ahora se había movido y se hallaba un poco más abajo. Lancé una maldición que fue respondida con el más absoluto silencio, pero al cabo de un momento la carcajada estalló detrás de una roca en la ladera. Subí a la piedra, pero la oscuridad me impidió divisar en lo interno de la arboleda. Hace años existían linternas que servían para alumbrarse en caso de oscuras. Pero con la anulación de los oficios, se dejaron de fabricar y se dijo que, de todos modos, no eran necesarias, pues ya nadie tendría que andar huyendo de los arquetipos de la sombra. Lamenté no tener una a mano. Me habría servido para encontrar al psicópata y averiguar su identidad. No tenía sentido seguir en aquel juego sin resultados. Apliqué el paso número uno de todas las terapias. Respiré profundo una, dos, tres hasta diez, que es lo que recomiendan los manuales. Tomé un trago de Psique y guardé la botella. Por el tipo de trabajo que realizo jamás me excedo en la bebida. Los vigilantes debemos estar siempre sanos y sobrios. A pesar de las neurastenias de mi abuelo, yo logré superar el riesgo. Mi inteligencia emocional me dijo que lo mejor sería regresar, hacer un informe y remitirlo con urgencia a la Asociación. Ellos mandarán al equipo experto y el maniático esta vez no se salvará.

En cuanto di un paso rumbo a la calle, la risa, la maldita risa cantó de nuevo la serenata. Ahora provenía de la rama de un árbol justo encima de donde me hallaba. Era como si el perverso desquiciado, en cuanto supo que me iba, hubiera aumentado la provocación. ¿Sería acaso yo su hazmerreír?

Alcé la vista y gracias a la incipiente luna, los rama-
jes tenían ahora mejor visibilidad. Cuando hay alguien en una penumbra con luz a medias, lo primero que se ve son

los ojos. Es lógico, porque estos órganos son casi un cristal que refracta cualquier luminiscencia. En la rama vi unos ojos que me miraban. Pensé que tenía en mis manos al excéntrico risueño. Por un momento canté el dulce son de la victoria, pero el brillo y la redondez de los iris no eran de un humano. Vi con claridad los malignos ojos de un animal que reconocí al instante. Vomité de golpe el alma entera. Una zarigüeya verde, colgada del rabo, se balanceaba sobre mí y se reía. Como un cielo que se llena de estrellas cuando las nubes desaparecen, el árbol se inundó de pupilas iluminadas. Eran decenas, quizá cientos y los malditos marsupios se reían, se reían de mí, de mí, como si fuera yo el que estuviera loco.